

DR. LUIS FELIPE SOTOMAYOR*
DR. CARLOS ZAMBADA SENTÍES**

ACERCA DEL CIRUJANO DE EMERGENCIA

LA EDUCACIÓN DE las capacidades intelectuales del cirujano de emergencia corre paralela a la educación de sus posibilidades técnicas. Ello significa tanto el desarrollo de su pensamiento conceptual y del lenguaje simbólico como la habilidad en el uso de instrumentos de diagnóstico y de tratamiento quirúrgico.

El cirujano se entrena cotidianamente, no ya en el análisis de los hechos o de las circunstancias sino en la síntesis de los mismos. Esto equivale a que el intelecto se subordina a la comprensión inmediata del problema; el pensamiento adquiere tal velocidad que deja de ser pensamiento para convertirse en imágenes. A través del ejercicio de la profesión de cirujano, estas imágenes llegan cada vez con mayor claridad, con un significado más preciso y con una aprehensión más inmediata.

El ejercicio intelectual de observar fracasos y éxitos y la valoración constante de la eficacia de sus patrones mentales y técnicos, le permiten una corrección reiterativa de sus procedimientos. Esta si-

* Jefe del Servicio de Cirugía Cardiovascular del Hospital Rubén Leñero.

** Jefe del Servicio de Cirugía General del Hospital Infantil de Inguarán.

tuación lo coloca frente a frente con la realidad; la verdad científica deja de ser un concepto abstracto para convertirse en una verdad concreta. El resultado es que la teoría, en cuanto tiene de positivo, encuentra su aplicación inmediata y lo especulativo difícilmente encuentra lugar alguno.

El proceso intelectual a través del cual se realiza el diagnóstico y el proceso psico-motriz con que se aplica la terapéutica se expresan objetivamente. De la misma manera, la colección de materiales de información científica se realiza con sentido práctico.

La experiencia rápidamente adquirida, deviene en un instrumento en continuo perfeccionamiento y aplicación, por lo que el juicio clínico alcanza una jerarquía dominante. El conocimiento adquirido no se resuelve en sí mismo (es decir el conocimiento por sí mismo) sino que busca un propósito para alcanzar un significado. El lenguaje simbólico se construye a base de una sabiduría pragmática y no de una erudición teórica.

El contacto continuo con problemas concretos y dramas reales llevan al cirujano a una concepción socio-económico cultural de sus pacientes, lo que amplía su idea de enfermedad y de la medicina misma. Como resultado, gana en superficie lo que quizás

pierda en profundidad; la enfermedad deja de ser problema de un individuo para convertirse en el sufrimiento de grandes masas de población. Mas no por ello la enfermedad deja de ser el problema de un individuo para convertirse en el sufrimiento de grandes masas de población, no por ello la enfermedad deja de ser, en alguna forma, la pérdida de la alegría.

La objetividad de los hechos y el dramatismo de las circunstancias obligan al cirujano de emergencia a subordinar el pensamiento funcional al pensamiento anatómico. Detrás de lo aparente existe una superrealidad que lo obliga a ser profundamente crítico y discriminativo. Este sacudimiento cotidiano que lo despierta del mundo subjetivo es el instrumento más punzante de su educación. Así, detrás de la conmoción cerebral es imperativo considerar la posibilidad de la contusión o del hematoma; el espasmo arterial esconde una lesión orgánica y una herida penetrante simple oculta una lesión visceral.

El desarrollo integral del cirujano le permite que la dinámica de su sistema nervioso cultivado se exprese a través de su destreza técnica y se convierta tanto en instrumento diagnóstico como terapéutico; las imágenes, su conocimiento, su aprehensión y su aplicación llegan en su forma final instantáneamente.

Como un corolario de lo anterior, la Historia Clínica se establece a base de elementos positivos y negativos que tienen un significado para el diagnóstico y la terapéutica. Estas características hacen destacar la idea que el diagnóstico es un medio para llegar a la terapéutica y no un propósito en sí mismo. El laboratorio y los gabinetes participan también poniendo de manifiesto el valor real de los procedimientos auxiliares al diagnóstico clínico. De la sabiduría natural y de las observaciones intuitivas nacidas del ejercicio cotidiano, brotan acciones y soluciones sencillas y efectivas.

Como una respuesta al afán de perfección y de superación de dolores e invalideces, se destaca el imperativo de situar el interés del enfermo en primer término. El cirujano sabe que ha adquirido la obligación de dar de sí antes que pensar en sí; ello, no porque su labor sea apostólica o exija una actitud mesiánica, sino porque el individuo al escalar la cuesta del saber adquiere una forma de riqueza que no es para atesorarse sino para reinvertirse en beneficio de sus semejantes a quienes debe su entronizamiento.

Esta aristocracia que le concede la posesión del

conocimiento constituye un bien en sí mismo, pues el cirujano encuentra en la educación de su inteligencia y habilidad que es dueño tanto del pensamiento como de la acción, y que al ponerlos al servicio de sus semejantes, ha alcanzado la sabiduría de transformar su Yo en un Nosotros. El conocimiento quirúrgico no se ha adquirido por afán de poder o de riqueza material, ni el ser humano es utilizado para expresar en él su temperamento o para servir su vanidad.

Tal riqueza, por sus cualidades intrínsecas, que la diferencian substancialmente de la riqueza económica, convierten al cirujano en un trabajador intelectual. En el ejercicio obsesivo de su profesión encuentra que la cirugía fortalece el carácter y tiembla el espíritu.

El hecho de que para él la verdad sea un concepto concreto y que su pensamiento sea pragmático, no significa que sea un técnico de la profesión y el paciente un objeto en el cual pueda ejercitar su destreza. Tanto el cirujano ágil e intuitivo, cuya técnica está impregnada de lirismo, como el cirujano intelectual, poseedor de una técnica refinada, están sensibilizados por una cultura humanística que los acerca a su paciente desde el punto de vista psicológico, cultural y social.

Su cultura médica se extiende desde el conocimiento del hecho experimental hasta el estadístico, lo que le permite formarse una opinión balanceada, culta y sabia, tanto de los casos complicados como de los sencillos. Por lo demás se nutre en las fuentes de cultura más diversas que lo conforman como un profesional de criterio amplio; ello matiza su calidad humana y lo lleva a respetar al ser humano por las cualidades que lo distinguen y lo hacen insólito.

La calidad de su trabajo está determinada por la calidad de su mente. Concibe a la humanidad vejada por la pobreza, la indiferencia, la enfermedad y la muerte, no con sentimentalismos, sino con compasión y con iracundia hacia la injusticia. Esta excelencia espiritual lo lleva a preocuparse por disminuir las cargas emocionales, económicas y sociales que la enfermedad impone a sus pacientes.

Su curiosidad intelectual no es sino el resultado de su afán de perfección impuesta por la disciplina de muchos años de cultivo. En esa fe en sí mismo y en el trabajo que realiza, el cirujano de emergencia resuelve su propia problemática que es la de realizarse como individuo y como miembro de la colectividad.

Noviembre de 1971